

# YO CONOCI A ENRIQUE

Ernesto Cervantes Martínez / Ciencias Políticas y Sociales

En esta ocasión mis conocimientos de taquigrafía, aunque comúnmente no sean reconocidos como de gran valor, me sirvieron de gran ayuda. Sin ellos no hubiera tenido acceso a lo que voy a relatarles. La rapidez con la que se pueden captar las palabras por medio de unos rasgos simbólicos como lo son los del sistema Pitman, abrevió en mucho el tiempo del relato que, del interesado, me fue contado directamente.

Antes que todo, permítaseme hacer algo de historia acerca de las circunstancias que rodearon al personaje en cuestión, y de la forma en que tuve que participar en este caso, principalmente.

Hace ocho años que trabajo en una de las delegaciones de esta ciudad. Mi labor rutinaria consistía, y aún consiste, en transcribir las declaraciones de “testigos” y de acusados de algunos de los miles de delitos que se cometen diariamente en una metrópoli de más de siete millones de seres. Transcribo a máquina esas declaraciones, para lo cual, previamente las tomo en taquigrafía; algunas son voluntarias, obligadas las más de ellas.

Mi rutina sólo cambiaba cuando en ocasiones como la presente, era enviado a tomar nota de las condiciones en que era hallado el cadáver de un desconocido o de los estragos que habían cometido los ladrones al penetrar a las negociaciones o residencias, o también cuando había que hacer una detallada descripción de las condiciones de un asesinato, todo ello sólo cuando eran importantes los asuntos, pues de otra manera los agentes del ministerio se encargaban personalmente de llevar a cabo las observaciones y dictarlas posteriormente.

El 26 de julio de 19... me encontraba transcribiendo una declaración tomada a uno de los participantes en un fraude de una compañía de juguetes de plástico, cuando el licenciado Roberto Aramburu Saldaña, agente del Ministerio Público en servicio ese día, me ordenó que lo acompañara, pues había sido encontrado un individuo agonizante en su camastro y no se le podía trasladar a un hospital para ser atendido adecuadamente, pues su estado era muy lamentable. Esto lo supe por boca del propio Roberto quien, durante el trayecto, me confió todo lo que sabía del caso.

El lugar al que acudimos está cerca a la delegación, por lo que los datos

que me proporcionó Roberto (el trato continuo relegó al olvido el protocolo y provocó la confianza) no fueron más que los necesarios para prevenirme del aspecto que iba a encontrar en la habitación que estábamos por visitar.

Al llegar a la casa indicada, de un sólo piso y con dos ventanas a los lados de la puerta, como cualquier otra de estas colonias proletarias, nos tuvimos que hacer paso empujando a la gente que se amontonaba, curioseando morbosamente en la puerta, queriendo ver algo de lo que ocurría en el interior. Las patrullas y la ambulancia estacionadas frente a ella provocaron inquietud. Los chiquillos que no se encontraban parapetados en las ventanas, se habían subido a la azotea, de donde eran bajados por unos policías, o por las personas adultas, más serenas y precavidas.

Con no pocos esfuerzos, logramos trasponer la puerta, para encontrarnos con un pasillo como de metro y medio de ancho, cuyo final daba a otra puerta, un poco más grande. A los lados del pasaje, tres puertas indicaban otras tantas habitaciones y una más, abierta por completo, daba acceso a la cocina. Dejando atrás a la puerta final del pasillo, entramos a un pequeño patiecillo de piso coloreado y unos tramos de jardín mal cuidado, en donde los yerbajos le habían ganado al pasto el derecho de continuar viviendo.

A un lado de este jardincito, si es que se le puede llamar así a una zona semidesbrozada, estaba una puerta de madera labrada en un estilo que quería ser colonial, pero que por lo grosero de su tallado quedaba en un intento. Los muros que la rodeaban estaban levantados de ladrillo simulado. A un lado de la puerta, una rueda de carreta servía de ventana a una casita rústica, cubierta con rojas tejas de barro cocido cuya caída de agua era hacia el jardín.

Cuando cruzábamos el patiecillo, uno de los enfermeros le dijo a Roberto: —Córrale licenciado, está en las últimas—. Pensé que se refería al herido y, como para reafirmármelo, señaló con una mano hacia la puerta de la casita. Al terminar de decir esto se tapó la boca, como queriendo evitar que algo le entrara. Inmediatamente me di cuenta que estaba equivocado, pues salió corriendo hacia el baño, a volver el estómago; al mismo tiempo, percibimos un olor desagradable, penetrante y cada vez más insoportable. Era un olor a carne descompuesta.

Caminamos hacia donde nos había indicado y más y más se fue haciendo penetrante el mal olor. Al hacer girar la puerta, encontramos al médico de la ambulancia y a su ayudante, ambos con la cara semicubierta por una gasa rociada con alcanfor para evitar el olor. Estaban junto a una cama también de madera, café y con el mismo estilo que la puerta. Sobre ella, un hombre como de veinticinco años, con una barba rala que le tapaba, a lo lejos, el mentón y una parte de la zona arriba del labio superior. Tenía como diez días que no había sido cortada. Un pelo negro, mesado hacia atrás y ligeramente revuelto, completaba el marco a la cara con una palidez de muerto, que tenía unos ojos café claro y una nariz afilada; unos labios delgados y cadavéricos asomaban entre la escasa barba. El resto del cuerpo estaba cubierto con una sábana blanca que, en algunas partes, estaba manchada de sangre y pus. De ahí provenía el olor.

—Pase usted licenciado, dijo el doctor, entregándonos trozos de gasa alcanforada.

Yo pude darme cuenta que estábamos en un estudio. Nos rodeaba un librero, también de madera, pintado con colorante de caoba, lleno de libros. Al lado, una mesa con cubierta de metal sobre la que estaban colocados una cafetera eléctrica, tapas y azucarera. Un radio de frecuencia modulada permanecía sobre uno de los salientes del librero. Junto a la cama estaba colocado un buró con cigarrillos esparcidos, una pipa y un tarro de tabaco aromati-



zado, así como una lamparilla estilizada. Del otro lado, desde el suelo hasta la techumbre de cielo raso, un armario rústico permanecía vigilante a nuestros ademanes. Cerca de éste, una mesa de trabajo en la que se encontraba una máquina portátil, cuartillas de papel, algunas escritas, un vaso con lápices y plumas y un pequeño librero. Era la mesa de trabajo del escritor que ahora se encontraba tendido sobre la cama. Finalmente, pude darme cuenta que estábamos en un piso de loseta de barro cocido, cubierto con una alfombra de yute; tres taburetes estaban colocados estratégicamente.

Mientras hacía estas observaciones, el doctor le había comunicado a Roberto cuáles habían sido las condiciones en que fue encontrado el dueño de la casa, y cuáles los escasos auxilios médicos que le aplicaron. También le había dicho, en un tono de voz más bajo, que el sujeto no podía ser movido y que le restaban pocas horas, si no es que pocos minutos de vida. Por su parte, Roberto le indicó que posteriormente le hiciera favor de pasar a la delegación para que diera su informe respectivo. Después de esto, pues ya no tenía nada que hacer, el doctor salió de la habitación, seguido de su ayudante. Al despedirse, le dirigió una mirada al joven tendido. Este devolvió el saludo con una mirada de agradecimiento y resignación. Nos quedamos solos con él.

—¿Quieres que traiga un sacerdote? —preguntó Roberto, con una familiaridad y un tono de voz semejante al que se da cuando uno platica con su hijo, o con un compañero. No era falta de respeto, sino que así únicamente rompía con los obstáculos establecidos por la sociedad, los que interrumpen la comunicación entre las personas.

El individuo interrogado, comprendiendo la pregunta, movió ligeramente los labios. Apenas pudimos oír que decía: “Gracias, no soy creyente. Sé que de nada me serviría eso ahora.”

Sentí tristeza y alegría al oír esto. Inmediatamente pensé que era uno de tantos jóvenes que se sienten seguros de sí mismos, que sólo creen en sus potencialidades y saben de sus limitaciones. Son hombres que saben por qué nacieron, cómo vivieron y que tendrán que morir tarde o temprano. La tristeza mía fue por el tono en que lo dijo. Estaba agotado, era un corredor que llegaba a la meta. Nunca he soportado ver a una persona vencida. La alegría la sentí porque lo dijo con firmeza, sin una brizna de claudicación. A pesar de su estado, en su voz se notaba que era una persona satisfecha, que supo vivir su vida, y vivirla bien.

Al oír la respuesta nos acercamos más a él, a fin de escucharle mejor. Saqué mi libreta y el lápiz y comencé a escribir lo que dijo, y me apresté a transcribirlo todo. Aún con las gasas en la boca y la nariz, el olor que despedía penetraba, sólo que con menor intensidad. Acercamos unos taburetes y nos sentamos. Iba a principiar el interrogatorio.

—¿Cómo te llamas?, preguntó Roberto, a la vez que me indicaba que tomara nota.

—Enrique Castro Misael, contestó, e inmediatamente relacioné el nombre con una noticia salida en los diarios, acerca de un premio nacional sobre novela, o algo así. Su nombre se relacionaba con las letras, de eso sí estaba seguro.

—¿Qué edad tienes?

—26 años.

Antes de que Roberto soltara otra pregunta, Enrique le dijo:

—Hágame un favor ¿quiere?, —casi le suplicó; hizo una pausa para esperar la respuesta pero, al no obtenerla, continuó diciendo. —No quiero que me interroge usted. En estos momentos, en los que veo claramente que voy a morir, no quiero tener a mi lado personas que estén desempeñando una la-



bor. Quiero que estén a mi lado mis amigos. Personas que no tengan compasión de mí, ni me vean como a un animal que está próximo a morir, sino a unos verdaderos amigos.

Todo esto lo dijo con cierto carácter, con una voz clara y firme, aunque entrecortadamente, con pausas que necesitaba por su condición física.

—Siempre he considerado que todos, aunque desempeñemos diversos papeles en este teatro del mundo que es la vida, debemos tener momentos en que seamos nosotros y no el personaje que nos corresponde representar en la obra. Esa sinceridad debe asomar en algunos momentos aunque sea.

Aquí se detuvo un poco, como para tomar aliento, como para esperar alguna respuesta, aunque fuera un reproche. Como no la hubo, pues inmediatamente comprendimos lo que deseaba de nosotros, prosiguió.

—Creo que no les pido un imposible. No lo creo así. Sé que a pesar de que son de la policía y que tienen que llevar a cabo una labor que aunque en muchas ocasiones, como ésta, es dura, pueden ser también hombres. No hay necesidad de que me saquen las cosas que quieran saber, yo se las diré. —Ahora hablaba con más soltura, como si fuera cobrando vida a cada momento.

“Siempre fui una persona que pensó que la comunicación debe ser franca y sin hipocresía. Que a través de las palabras, y más de las veces con los hechos, es como las personas tienen que darse a conocer a sus semejantes. La palabra es una fuente primordial para el conocimiento, para expresar los sentimientos. Así como un pintor traza una serie de líneas y después les da color y da a conocer un paisaje, un bodegón, una naturaleza muerta o un retrato, así, digo, las personas tienen que mostrar con palabras y con hechos cuáles son sus sentimientos, su sentido de la belleza, lo que piensan, lo que sienten, lo que sueñan, y tantas otras cosas que forman su vida. A través de esto es como se expresan, se dan a conocer a los demás.

“No les voy a hablar de lo que quizá ya sepan, o de lo que están llevando a cabo ustedes, pero con esto sólo quiero que me conozcan, que sepan ustedes, y todos, que yo existí, que estuve presente en este mundo. Por eso fue que me dediqué a escribir. Quise que la gente, además de la que me rodeaba, supiera cómo pensaba, cómo amaba, lo que soñaba, lo que sentía, en fin, que supieran que yo vivía. Me escondí en mis escritos, ¡qué digo!, tuve que esconderme en mis escritos, pues me era difícil hablar con todos, saludar a todos, amarlos a todos, directamente. Tuve que emplear la palabra escrita, cuando no me era posible la oral, para que todos supieran de mí.

“Por eso me hice escritor. Quizá haya sido uno de los más malos, quizá no; pero sólo sé que puse todo de mi parte para ser de los mejores. Siempre, siempre, traté de escribir una gran obra, una novela, un ensayo, ¡qué sé yo!, algo que les hiciera saber lo que pienso respecto a la vida, sobre lo que es la política actual, qué entiendo por amor, qué sé yo de lo que es la miseria, lo que es ver una mano de niña, regordeta y blanca, o negra, o cobriza, o amarilla, jugar con un chorro de agua. Tantas y tantas otras cosas que quería yo meter en mis escritos. Tantas y tantas cosas hermosas que tiene esta vida que ahora se me escapa, o de la que yo me escapo.

“Soy por esto, quizá —sólo una mueca de tristeza apareció en su rostro— un escritor fracasado. Pero intenté hacerla. No sé si lo logré, pero creo que mi mejor obra fue vivir esta vida en toda su intensidad. Sé que quizá me contradiga, pero no lo creo. Siempre pensé que vivir plenamente, con sinceridad, sin hipocresías, esta vida y hacer todo lo posible porque la gente que nos rodea viva igualmente, eso, es la mejor obra que puede hacer uno y que, aunque no pueda ser escrita sino expresada con hechos, es lo máximo que pueda hacer uno. Haciendo esto: dándose por completo, sin trabas, sin



prejuicios, con todo lo que tiene uno dentro, aquí en el pecho, es como se forma la gran obra.

“Ahora, quizá piensen ustedes que me estoy olvidando del motivo de su presencia en esta casa. No. Nada de eso. Simplemente fue un preámbulo para que ustedes supieran cuál fue mi desesperación porque me encontraran aún con vida. Me hubiera ido a los meritos infernos, si es que existen, pues nadie hubiera sabido lo que me ocurriera y sólo habrían encontrado un montón de tierra sobre este camastro. Es posible que piensen que una persona como yo no puede encontrarse sola en estos momentos, pero es explicable.

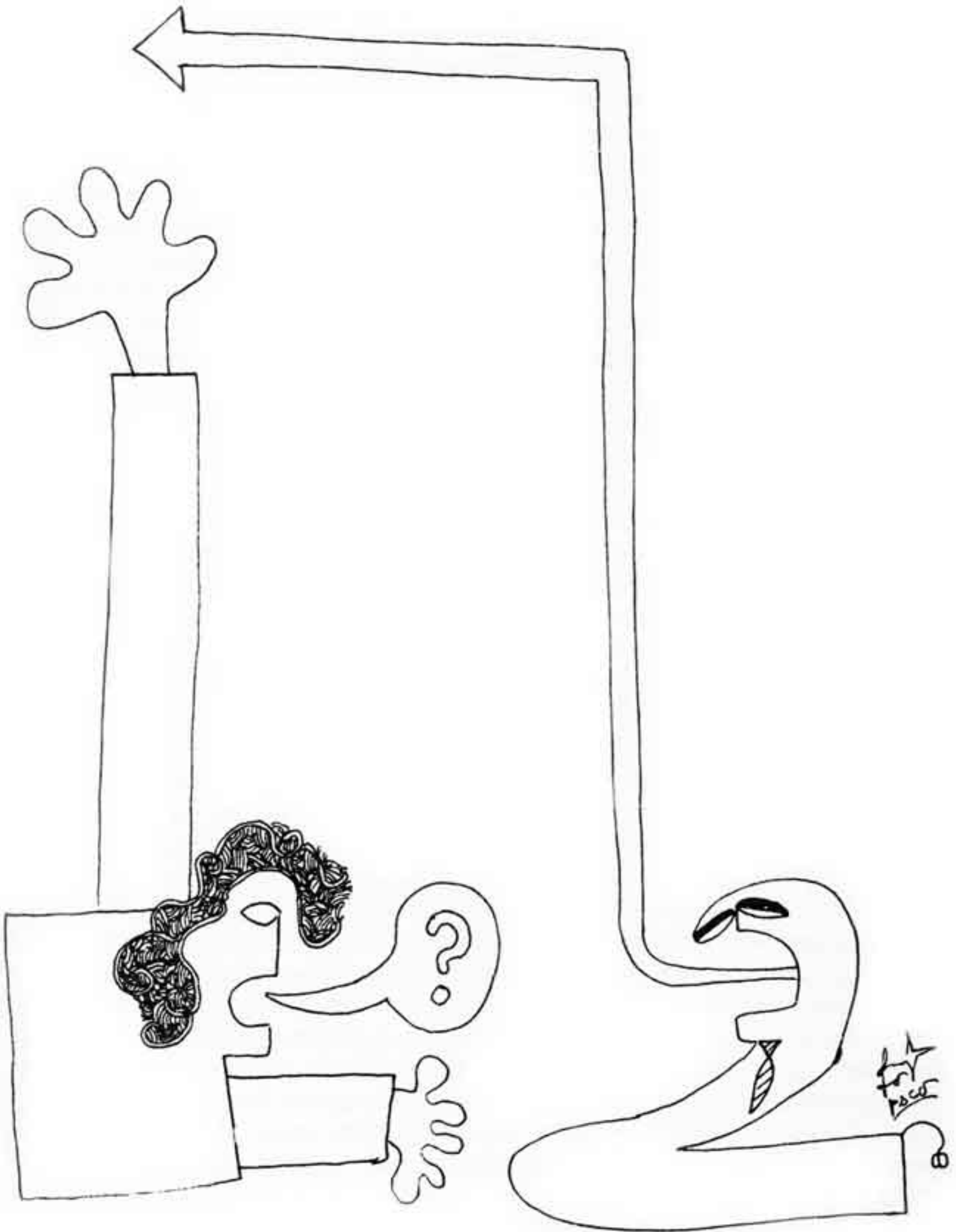
“Siempre procuré tener amigos, buscar más por dondequiera que andaba, siempre me desilusionaba. La gente está acostumbrada a vivir hipócritamente, a ser falsa, a vivir constantemente cubierta con distintas caretas. Les da miedo ser ellas mismas con todo su odio, su amor, su tristeza, su gozo; lo que son en verdad. Se tienen miedo a ellas mismas. Pero pensándolo bien, no es que sea así la gente, es que así la han hecho algunos personajes de esta historia continua que es la vida. La gente siempre se ha dejado llevar por lo que dicen o han dicho esos personajes. Por eso es que hay personas que se sienten todopoderosas, déspotas, conductoras de conciencias, gobernadoras del mundo; otras se creen que son las elegidas para exculpar los pecados de los demás, haciéndolos propios, esos son los mártires; otros han aprendido a comportarse como grandes señores o como esclavos, o como ambas cosas; otros quieren imitar a los prototipos humildes, y son todo, menos humildes, pues lo único que hacen es imitar y no ser; en fin todos viven otras vidas que no son las de ellos. Es por esto que ahora me encuentro solo. Porque a pesar de que yo los amaba, ellos, acostumbrados a vivir fingidamente, creían que los estaba engañando y no me amaban. Por eso es que se alejaban de mí; tenían temor a este animal que ama la vida.

Al terminar esto, sus ojos dejaron brotar una lágrima, que fue corriendo por su mejilla hasta su boca. Al sentirla cerca de los labios sacó la lengua y saboreó la acidez del líquido. Fue como un bálsamo que lo tranquilizó. Quedamos callados un momento, al cabo del cual dijo:

“Al ver esto, que todos me huían como a un perro rabioso, me enclaustré aquí, donde me encuentro. Dejé todo en orden. Me despedí de mis amigos, de mi familia, de los escasos conocidos que me quedaban aún, y me encerré a escribir, a meditar sobre mi conducta; a revalorar lo que pensaba acerca de la vida y de la gente. No bien me había acostumbrado a esta autoprisión cuando sobrevino el accidente.

“Tenía tres días de que había anunciado mi viaje al extranjero y estaba escribiendo algunos poemas sobre lo que pensaba acerca de esta vida que iba llevando cuando, en uno de los descansos que me di, quizá porque había estado tanto tiempo sentado frente a la máquina de escribir, pues trabajaba en ella casi las veinticuatro horas, me recosté en la cama y ya no pude moverme. Me sobrevino un dolor en la columna vertebral, cerca de la cadera. Ese dolor siempre me había dado durante mis largas jornadas de trabajo, pero siempre consideré que eran de cansancio. Nunca me preocupé por acudir a un doctor, ni mucho menos a un especialista. Por eso, cuando me vino de nuevo, creí que iba a pasar, como tantas otras ocasiones. Pero pasaron una o dos horas y aún no podía moverme. Sentía inmovilizado todo el cuerpo, sólo la cabeza podía mover. Comencé a hacer intentos por gritar, pero no salían ni siquiera sonidos guturales. La lengua también estaba inmóvil.

“La desesperación comenzó. Empecé a llorar por encontrarme en esa situación. Ese llanto me trajo a la memoria cuando, de niño y por mi condición física nada recomendable, me quedé en una ocasión dormido de bruces. Al despertar quise incorporarme pero no pude. Las rodillas se habían pegado por así decirlo, a las cobijas de la cama, a la cama misma. Al intentarlo de





nuevo, de nuevo fracasé. Entonces, lleno de terror, comencé a llorar y a gritar hasta que mi madre vino a socorrerme.

Me volteó poco a poco, de costado, y me friccionó las piernas. Me las dobló y nuevamente cobraron vida. Pero ahora, cuando se me quedó quieto todo e incluso no pude ni gritar, sabía que mi madre, mis hermanos, mis amigos, nadie, podría ayudarme. Por eso lloré.

“Pasaron las horas. Me calmé. Tomé conciencia de la situación y me resigné a que alguien, de los que me habían visto llegar a la casa, viniera a visitarme; aunque fuera un ladrón que, al ver que nadie había salido de la casa, penetrara al saberla sola y me encontrara aquí. Se hizo de noche, luego vino el día y de nuevo nacieron en mí esas esperanzas. Pero nada, vino la noche de nuevo y entonces me venció el sueño. A pesar del terror que me embargaba, el cansancio me venció y cerré los ojos y me dormí profundamente.

“Durante el tiempo que dormí y quizá porque había estado tanto tiempo postrado, comencé a soñar. Iba corriendo en un prado verde, al final del cual había una arboleda. Era el bosquecillo que está cerca de la presa de Necaxa, el que durante uno de mis viajes por esa región y por la sierra de Puebla había visto tan hermoso, tan natural que hasta se me antojó desnudarme y correr como el viento, en distintas direcciones, jugando con las ramas, rodando por el pasto agreste. En el sueño también me dieron ganas de desnudarme y lo hice. También corrí, ahora sí, como ese día lo pensé. Al cabo de un rato, agotado por tanto movimiento, caí al suelo. Después tuve deseos de cagar. Me senté y comencé a defecar. El olor tan vivo de mis excreciones me hizo dudar que estuviera soñando. No sé por qué mecanismo síquico, pues mi cuerpo estaba inmóvil, el esfínter había funcionado y debajo de mí estaba el producto de mi excreción.

“Las estrellas brillaban a través de la ventana y la oscuridad del cuarto me observaba. El asco que sentí de inmediato fue lo bastante fuerte para que me sobreviniera un acceso de vómito. Sólo pude escupir lejos de mí lo que mi estómago no pudo soportar, que no era mucho, pues tenía casi tres días que estaba en esa posición y no había comido nada. Después de un buen rato, me puse triste. Triste porque me sentí una persona enferma, imposibilitada, cosa que no podría aceptar aún en la situación en la que me encontraba. La esperanza continuaba en mí.

“A los pocos minutos ya me había acostumbrado al mal olor, pero me llegó otra preocupación: el hambre y la sed. Tres días con sus noches llevaba postrado, más otras dos o tres horas que pasaron antes de que me sobreviniera el percance, era bastante tiempo de ayuno forzado. La garganta estaba casi seca, sólo se había vuelto a poner húmeda debido a las lágrimas que me rodaron y penetraron a la boca, pues su acidez provocó nuevamente la salivación. El estómago sí estaba seco. El intento que hice de vomitar me señaló que así era. Pero, como sólo cuando me acordaba de ello sentía esa sequedad, opté por no pensar más y busqué con los ojos objetos que describir, a fin de que se fueran esas ideas. Así repasé cada uno de los objetos del estudio. Al leer cada uno de los títulos de los libros iba haciendo memoria de su contenido; si eran novelas repasaba la trama y los personajes, si eran textos de estudio, al repasar los temas también recordaba el año en que los consulté y los profesores que me los señalaron y pidieron para las clases. Casi repasé toda mi vida estudiantil, pues, como podrán ver, tengo libros de todos los niveles escolares e incluso de otras especialidades que no me son gratas, pero que siempre tuve que conocer para mis fines literarios. Con las cosas que adornaban el recinto ocurrió lo mismo. Recordé quién me los había obsequiado, dónde los compré, etcétera. Así me olvidé de mis penas gástrica y glandular.”



nuevo, de nuevo fracasé. Entonces, lleno de terror, comencé a llorar y a gritar hasta que mi madre vino a socorrerme.

Me volteó poco a poco, de costado, y me friccionó las piernas. Me las dobló y nuevamente cobraron vida. Pero ahora, cuando se me quedó quieto todo e incluso no pude ni gritar, sabía que mi madre, mis hermanos, mis amigos, nadie, podría ayudarme. Por eso lloré.

“Pasaron las horas. Me calmé. Tomé conciencia de la situación y me resigné a que alguien, de los que me habían visto llegar a la casa, viniera a visitarme; aunque fuera un ladrón que, al ver que nadie había salido de la casa, penetrara al saberla sola y me encontrara aquí. Se hizo de noche, luego vino el día y de nuevo nacieron en mí esas esperanzas. Pero nada, vino la noche de nuevo y entonces me venció el sueño. A pesar del terror que me embargaba, el cansancio me venció y cerré los ojos y me dormí profundamente.

“Durante el tiempo que dormí y quizá porque había estado tanto tiempo postrado, comencé a soñar. Iba corriendo en un prado verde, al final del cual había una arboleda. Era el bosquecillo que está cerca de la presa de Necaxa, el que durante uno de mis viajes por esa región y por la sierra de Puebla había visto tan hermoso, tan natural que hasta se me antojó desnudarme y correr como el viento, en distintas direcciones, jugando con las ramas, rodando por el pasto agreste. En el sueño también me dieron ganas de desnudarme y lo hice. También corrí, ahora sí, como ese día lo pensé. Al cabo de un rato, agotado por tanto movimiento, caí al suelo. Después tuve deseos de cagar. Me senté y comencé a defecar. El olor tan vivo de mis excreciones me hizo dudar que estuviera soñando. No sé por qué mecanismo síquico, pues mi cuerpo estaba inmóvil, el esfínter había funcionado y debajo de mí estaba el producto de mi excreción.

“Las estrellas brillaban a través de la ventana y la oscuridad del cuarto me observaba. El asco que sentí de inmediato fue lo bastante fuerte para que me sobreviniera un acceso de vómito. Sólo pude escupir lejos de mí lo que mi estómago no pudo soportar, que no era mucho, pues tenía casi tres días que estaba en esa posición y no había comido nada. Después de un buen rato, me puse triste. Triste porque me sentí una persona enferma, imposibilitada, cosa que no podría aceptar aún en la situación en la que me encontraba. La esperanza continuaba en mí.

“A los pocos minutos ya me había acostumbrado al mal olor, pero me llegó otra preocupación: el hambre y la sed. Tres días con sus noches llevaba postrado, más otras dos o tres horas que pasaron antes de que me sobreviniera el percance, era bastante tiempo de ayuno forzado. La garganta estaba casi seca, sólo se había vuelto a poner húmeda debido a las lágrimas que me rodaron y penetraron a la boca, pues su acidez provocó nuevamente la salivación. El estómago sí estaba seco. El intento que hice de vomitar me señaló que así era. Pero, como sólo cuando me acordaba de ello sentía esa sequedad, opté por no pensar más y busqué con los ojos objetos que describir, a fin de que se fueran esas ideas. Así repasé cada uno de los objetos del estudio. Al leer cada uno de los títulos de los libros iba haciendo memoria de su contenido; si eran novelas repasaba la trama y los personajes, si eran textos de estudio, al repasar los temas también recordaba el año en que los consulté y los profesores que me los señalaron y pidieron para las clases. Casi repasé toda mi vida estudiantil, pues, como podrán ver, tengo libros de todos los niveles escolares e incluso de otras especialidades que no me son gratas, pero que siempre tuve que conocer para mis fines literarios. Con las cosas que adornaban el recinto ocurrió lo mismo. Recordé quién me los había obsequiado, dónde los compré, etcétera. Así me olvidé de mis penas gástrica y glandular.”



“Poco a poco fui recobrando el sentido del tiempo, de lo que me rodeaba. Me hacían preguntas y yo, queriendo decirles algo, darles las gracias, gritarles el gusto que me daba que estuvieran a mi lado, justo en lo que creí era mi muerte, no pude más que dejar en libertad las lágrimas que afloraron desde el fondo de mi alma. Lo demás, ustedes lo saben.”

Roberto y yo permanecemos callados por un rato, al cabo del cual, conmovido por el relato que acababa de escuchar, saqué el pañuelo de mi saco y me sequé la humedad que corría por mis mejillas. Roberto preguntó, igualmente conmovido:

—¿Quieres que notifiquemos a alguien lo ocurrido?

Una pausa breve y luego una respuesta firme:

—No. Ustedes, mis amigos últimos, encárguense de todo. Dejo en sus manos el poco dinero que tengo, que está en el cajón del buró, para que hagan los trámites correspondientes. A mi madre, a mis hermanos, a mis otros amigos, avísenles cuando sea el entierro, o cuando haya pasado un año, se lo dejo a su consideración. Quiero que me recuerden ellos tal y como me conocieron, como me vieron la última vez que los vi, cuando me despedí de ellos. Fue lleno de vida, alegre y decidido a seguir viviendo, amando a todos, a todo. Que sepan que siempre estuve escribiendo, haciendo, la gran obra que deseaba: la vida misma. A ustedes mis palabras y mi agradecimiento sincero por haberme escuchado en mis últimos momentos de vida; porque me acompañaron y me hicieron olvidar mis ideas estúpidas de que la gente vive hipócritamente toda su vida, pues me enseñaron que hay momentos en que el dolor de otros lo siente uno, sinceramente, de corazón. Amigos, gracias.”

Una sonrisa leve, tranquila y confiada, asomó en su boca, ahora pálida. Sus ojos se cerraron poco a poco, como queriendo retener el brillo que se les escapaba.

Al salir de la habitación, mientras Roberto daba órdenes a un agente para que hiciera pasar a los de la ambulancia, yo recogí la hoja de papel que estaba en la máquina. Después, salí.

★ ★ ★

Ya en la delegación, recordé la hoja de papel que había arrancado de la máquina. La saqué y la leí; decía:

¡Oh soledad! ¡Oh tristeza!  
compañeras mías  
                  voluntarias  
mensajeras de la muerte  
piérdanse en el légamo  
                  de mis deseos de vida;  
piérdanse y no vuelvan  
                  jamás  
a eclipsar el sol  
                  que alumbra en mi horizonte.